

La tragedia de la emigración

A menudo pienso que vuelvo, y desde el rincón aquel de mi huerto florido y encalado, contemplo cómo mi pueblo, va creciendo cada año.

Lo recuerdo muy bien. Era el año 1969. Las vacaciones de Navidad acababan para nosotros en Navalmoral de la Mata (provincia de Cáceres). La familia se separaría una vez más. Mi padre regresaba a Grenoble (Francia) y yo a Barcelona.

Mientras ayudaba a mi madre a hacer mi maleta, me

entró de repente un fuerte dolor de estómago y, así se lo manifesté. Mi padre que no andaba muy lejos, al oír mis lamentos se puso a reír casi conteniendo las lágrimas. Ante mi mirada de desconcierto, trató de tranquilizarme:

No creas que me río de tu dolor de estómago. Lo que pasa es que en este mundo, hay dos grupos de personas: las que son como un témpano de hielo y nunca manifiestan sus sentimientos y las que no pueden ocultarlos porque son unos nostálgicos enfermizos. Por suerte o por desgracia – hijo mío, – tú y yo pertenecemos al segundo grupo.

Le dijo a mi madre que concluyera mi maleta y que no se preocupara por mí. A continuación me invitó a dar un paseo. Durante el mismo hizo más de psicólogo que de médico y comenzó a hablarme sin parar, de esto, lo otro y lo de más allá. Al momento, sin apenas darme cuenta, mi dolor de estómago, los nervios, o lo que fuera aquello, había desaparecido por completo.

Con el tiempo comprendí, que tal vez, él había sentido los mismos síntomas, y la terapia que realizó había servido para los dos.

A la mañana siguiente, una excepcional nevada cubría todo el pueblo como un manto blanco. Las calles estaban intransitables y no quiso que nadie, nada más él, fueran a acompañarme al



autocar.

Me despidió con un fuerte abrazo, mientras repetía la frase de siempre:

Ánimo hijo, que mi vuelta a casa ya es inminente.

Apenas si di importancia a aquellas palabras, porque nunca se cumplían. Eso sí, de los años que duró su calvario en el extranjero, nunca salió de sus labios la más mínima queja, aunque yo sabía, como dice Wenceslao Mohedas en esta poesía, que mi padre era prisionero del destino:

Un impulso febril y turbulento
te apartó de la espiga y de la encina,
y dejaste la parda disciplina
que te impuso tu humilde nacimiento.

Te fuiste a la ciudad ... ¡Qué triste acento
de gente presurosa en la rutina
de un humano rebaño que se hacina
entre asfalto, cristales y cemento!

Y tú, tan natural y tan sencillo,
semejabas un cándido cordero
entre tanto bullicio y tanto brillo.

La extraña sensación de forastero
te otoñó tu esperanza en amarillo
y siempre te sentiste un prisionero.

A pesar de las maravillas que siempre explicaba mi padre de sus años en Francia, yo sabía que la realidad era muy distinta. Un día, en que él no estaba, escuché a un compañero de fatigas como, entre copa y copa, relataba a los amigos la cruda y triste realidad.

"La primera vez que salimos de Navalmoral hacia Grenoble (Francia), hacía un frío infernal. Tras dos días de viaje por unas carreteras de espanto y en una furgoneta anticuada, salimos de la Extremadura de subdesarrollo y nos cruzamos el mapa de España y Francia.

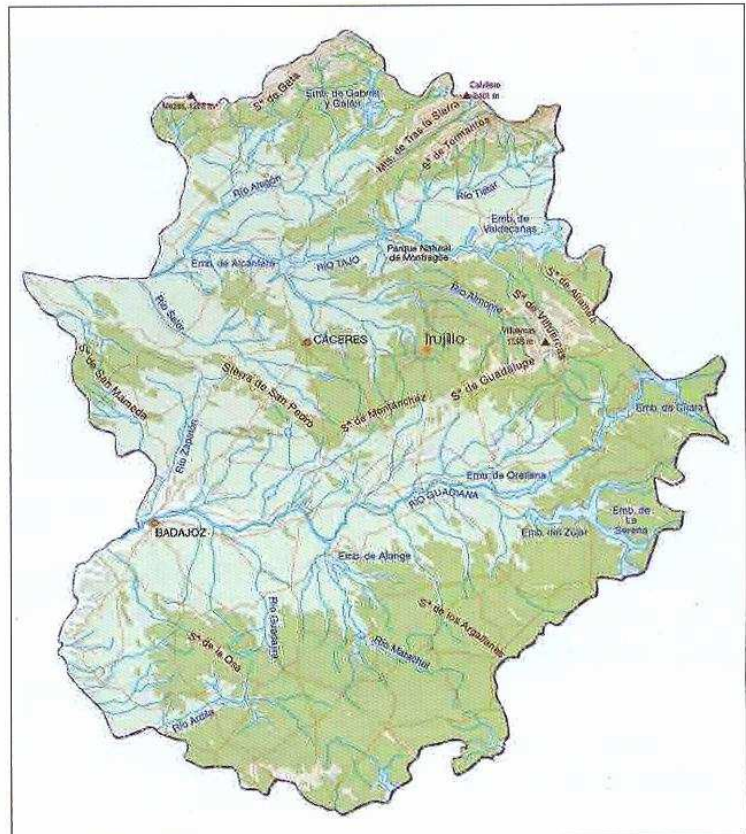
Al llegar a Irún, estaba anocheciendo y la carretera estaba helada. En un momento la furgoneta comenzó a dar vueltas de campana y en cuestión de segundos

vimos de cerca la muerte, pero tal vez no había llegado nuestra hora, porque no nos pasó nada.

Pasamos la noche en Irún y a media mañana, cuando estuvo el coche arreglado, pudimos continuar nuestro viaje.

Al llegar a nuestro destino, descargamos nuestras maletas de lona, ante la atenta mirada de los nativos, que nos miraban de una forma despectiva.

Pronto salió a recibirnos un francés fuerte y energético,



con cara de pocos amigos. Nos hizo ir andando a unos barracones de madera, donde nos alojaron en unos cuartos minúsculos.

Sin apenas darnos tiempo para descansar, tras el largo y accidentado viaje que habíamos tenido, nos trasladaron a unos campos donde se llevaba a cabo la recolección de fruta para, acto seguido, trasladarnos a unas enormes naves, donde se encontraban unas salas llenas de máquinas. Allí nos fueron explicando en qué consistía nuestro trabajo. Para que nos fuéramos familiarizando con las máquinas, nos enseñaron su funcionamiento. Y como si de una inocentada se tratara, al momento se

encontraba todo el grupo trabajando, sin sospechar, por supuesto, que a partir de aquel momento allí íbamos a permanecer amarrados a lo largo de muchos años.

Sin saber nada de francés, con jornadas de hasta quince horas algunos días, para poder ir mandando algunos francos a nuestras casas.

Eso sí, trabajando duro, pero con la vista siempre puesta en el regreso. Enfermando de añoranzas y ocultando nuestros sufrimientos y fatigas en la correspondencia que manteníamos con nuestros familiares.

Los fines de semana que teníamos libres, se hacían larguísimo; paseábamos por las calles gélidas de Grenoble, sin sol ni calor humano. Buscando lugares públicos para resguardarnos de la lluvia, la nieve, el frío... y tratando de gastar lo mínimo, pues teníamos que ahorrar para así poder volver lo antes posible".

Un día, estando mi mente distraída, descubriendo cómo cada rincón de mi pueblo escondía momentos en el recuerdo, de alguna manera imborrables para mí; un compañero me entregó una revista para que pudiera ver la tragedia que suponía la emigración en Extremadura. Al momento, por supuesto, devoré el artículo, decía así:

"Los años de mayor movimiento corresponden a la década de los sesenta, siendo la sangría humana claramente importante para Extremadura.

Según los datos del Instituto Español de Estadística y del Instituto Español de Emigración, Extremadura ha perdido 645.000 habitantes, lo que supone el 45% de su población"

Aquellos datos, sin duda, suponían una tragedia para Extremadura, ya que se marchaba la población joven, en edad de producir y, allí, se quedaban los ancianos que

ya no podían producir y sin embargo debían recibir atenciones.

Aquella situación era familiar para mí.

A principios de la primavera de 1970, acababa las clases de la tarde en Barcelona, cuando un conserje frío y calculador, me daba la terrible noticia:

- Tu padre ha muerto por lo que tienes que acudir lo antes posible a tu pueblo. Lo siento mucho.

Como una puñalada de las cinco de la tarde, la noticia me dejó fuera de mí, durante unos minutos eternos en aquel frío y largo corredor.

Al día siguiente cuando llegué a casa encontré a mi padre en la penumbra de su habitación, como un héroe que regresa de la guerra y recibe la muerte con gran naturalidad, como había sido su vida. Vestía su mejor traje, como si ya estuviera preparado desde hace tiempo, para iniciar tan largo viaje.

A modo de profecía él siempre lo iba anunciando: "mi vuelta es inminente",

pero nunca imaginamos lo que el destino cruel le tenía reservado.

Se había pasado los años luchando contra la desolación hostil de una ciudad y una patria ajena, y cuando estaba a punto de conseguir sus objetivos, su vida se truncó en cuestión de segundos.

A menudo pienso que vuelvo a mi pueblo, pero tal vez, ese día..., mi espíritu también errará..., nostálgico...

José Luis Pablo SC20.2007

